



Di Meglio, Estefanía. "Reseña bibliográfica: Mariana Enriquez, *Archipiélago. Una formación lectora en veintinueve islas*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2026, vol. 15, n° 36, pp. 174-179.

Mariana Enriquez
Archipiélago
Una formación
lectora en veintinueve islas
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ampersand
2025
300 pp.



Estefanía Di Meglio¹

ORCID: 0000-0001-5015-1606

Recibido: 02/02/2026 || Aprobado: 15/02/2026 || Publicado: 31/03/2026

ARK CAICYT: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s23139676/0ay4flmod>

La vida es peor que cualquier
crueldad que haya leído
en literatura.

Archipiélago, Mariana Enriquez

En su libro *Archipiélago*, perteneciente a la colección Lector&s de Ampersand, Mariana Enriquez traza su "autobiografía lectora" (Cabrera, 2024) en la amalgama con el ensayo y la crítica literaria. Como todos los libros de la colección, reconstruye la formación lectora, ligada indisolublemente a

su vida, a su generación y, barthesianamente, a su escritura. Sistematizando sus lecturas, cartografía veintinueve islas, como lo anuncia el subtítulo del volumen. Entre ellas espeta, en la jerga de la navegación, breves capítulos que refieren a modos de leer textuales, materiales, corporales, prácticas lectoras con el objeto libro, pero también con los textos literarios, costumbres de compra y venta de libros físicos y online, reflexiones sobre la relectura o acerca del orden que da a su biblioteca de 5000 libros. Con la suspicacia lectora que la caracteriza, hace crítica literaria de los textos que menciona a partir del comentario —que abarca argumento, estrategias de la enunciación, recepción de la obra—. Dado que a Enriquez le atrapa tanto la producción literaria como la mitología de autores y autoras, incluye además las peripecias

¹ Profesora y Licenciada en Letras, Magister en Letras Hispánicas y Doctora en Letras (UNMDP). Especialista en Estudios sobre violencia por razones de género contra las mujeres (CLACSO). Posdoctorada en Ciencias Sociales (UNC). Contacto: estefaniadimeglio@gmail.com

cias de las vidas concretas. Enriquez cuenta su recorrido por los lugares donde anduvieron escritores, desanda sus caminos, visita sus tumbas (es conocido su fetiche por las ruinas y los cementerios, en un país donde precisamente faltan tumbas, lo que se ve por antonomasia en su libro *Alguien camina sobre tu tumba*). Recorre la ciudad natal de Rimbaud, se traslada desde Ciudad Juárez hasta Chihuahua en coche, emulando el recorrido de *Meridiano de sangre* de Cormac McCarthy, o hace su peregrinación a John Keats.

Iniciamos la travesía (término caro a la navegación, pero también a la lectura en términos de Barthes) por algunas de las islas de Enriquez. La que abre el libro es “La isla de la nada”. En ella, la autora exhibe el recuerdo de su encuentro con el primer libro sobre la mesa de fórmica de la cocina de su casa: *La historia interminable*, de Michael Ende. Verdaderamente se trata de un texto fundacional en su formación lectora, ya que es un libro sobre el perderse en la lectura. En simultáneo, tiene influencia en su educación estética: “La Nada de la novela era lo irrecuperable, la devastación íntima” (Enriquez, 7). Tal devastación recorre sus lecturas y escrituras. En “La isla del páramo” establece aquella conexión (inconsciente en ese momento) entre las lecturas del género de terror y el contexto sociopolítico en dictadura en Argentina (1976-1983).

Su canon personal se constituyó a partir de dos colecciones de la biblioteca de su casa: la Biblioteca Básica Salvat y Club Bruguera. “La isla de la educación” incluye a los “clásicos”. Podemos entrecomillar la palabra gracias Italo Calvino. Al igual que él, Enriquez cuestionará premisas sobre los prejuicios acerca de leer (y no leer) los clásicos. Entre ellos se incluyen los rusos propios de las casas de clase media: Dostoievski, Tólstoi, Gógol. El resto de sus gustos literarios los califica de una heterodoxia insólita: *Primer amor* de Turguéniev, *Bomarzo* de Manuel Mujica Lainez, *Trópico de cáncer* de Henry Miller, los cuentos de Cortázar y de Borges,

las tragedias de Sófocles *Áyax* y *Antígona*, Alejandra Pizarnik, Federico García Lorca (*Romancero gitano* es uno de sus libros preferidos en general), Whitman, Baudelaire, Rimbaud y el *Quijote*. La autora-lectora registra sus lecturas en un archivo en su computadora, que funciona como mapa de su formación: los textos de Roberto Arlt, los cuales leyó sin intervalo, *La Divina comedia* de Dante Alighieri, *Respiración artificial* de Ricardo Piglia, *La revolución es un sueño eterno* de Andrés Rivera, *La náusea* de Sartre, todo Pizarnik, las *Cartas a Theo* de Vincent Van Gogh, Susan Sontag, *Ada y el ardor* de Nabokov, Shakespeare, Manuel Puig, Yukio Mishima, Italo Calvino, Cesare Pavese, Edgar Allan Poe, Fitzgerald, Juan José Saer, el *Ulises* de James Joyce y todo Virginia Woolf, Oscar Wilde, Faulkner, Kafka, Vitor Hugo, Conrad. Reconoce en su trayectoria la ausencia de textos y autores/as ignorados por el canon, por motivos de racismo, colonialismo o dominación masculina.

Construye su biblioteca, entonces, sobre la base de las lecturas escolares, para más adelante encontrar sociabilidades lectoras entre amigos, en revistas no literarias como *Cáin* y *Cerdos & Peces* (por ella conoce a William Burroughs) o entrevistas de sus músicos favoritos: por Nick Cave le dio una oportunidad a Faulkner y fue en búsqueda de Flannery O'Connor; cuando vio a Patti Smith con una remera de Rimbaud, fue a buscarlo y aprendió francés por él. Muchas veces desembarcó en la literatura gracias al rock y el cine. También las dedicatorias y los epígrafes de libros operaron el reenvío: Stephen King la llevó a Shirley Jackson, Pizarnik a Trakl, Rodrigo Fresán a John Cheever. Las editoriales oficiaron asimismo de mapa: Minotauro, una de sus predilectas (al menos hasta que la adquirió Planeta), editorial de ciencia ficción y fantástico, la guio hacia Alfred Bester, J. G. Ballard, Ursula K. Le Guin, Michael Moorcock, Richard Matheson, H. P. Lovecraft.

Si para Enriquez el lenguaje literario carga con el poder alquímico de crea-

ción y transmutación, entonces habrá maestros que le revelen principios fundamentales de ese arte: Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Stephen King. El primero, con “La casa de Asterión”, le enseña que es posible la reescritura de mitos: “Todo podía ser releído, reescrito, desafiado” (Enriquez, 24). Con Cortázar, a quien le atribuye el papel de fundador, *avant la lettre*, del *fan fiction*, aprende que se puede hacer literatura desde el pop. En simultáneo relee la crítica canónica, presentando el género de terror (y no únicamente el fantástico) que anida en sus cuentos. Con King, su gran maestro, hace carne la voracidad de la lectura: comprende la frase *devorar un libro o leer de una sentada*. Pero, sobre todo, entiende el carácter performativo de lo literario, a la vez que vislumbra el costado sociopolítico del estadounidense, talante generalmente invisibilizado. Más adelante sumará a la lista de guías a Anne Carson, según ella, la mejor escritora actual. Con Carson aprenderá la cita infinita.

A propósito de la poesía, su primer contacto con el género fue desde la escucha con un cassette TDK, a la que siguió una selección de poesía latinoamericana en un libro del Círculo del Buen Lector, que contaba con autores como Alfonsina Storni, a la vez que incluía a Armando Tejada Gómez y Atahualpa Yupanqui. Esto significó una revelación para la autora sobre qué podía considerarse poesía. Otros poetas que leyó: Enrique Lihn, Jorge Teillier, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Rosario Castellanos, Carlos Martínez Rivas, Antonio Cisneros, César Vallejo, Idea Vilariño. Se encontró con poetas estadounidenses en una antología (algunos de ellos, Ezra Pound, E. E. Cummings y Frank O'Hara) y, específicamente, con poesía beat: Lawrence Ferlinghetti, Jack Kerouac, Gary Snyder, Michael McClure, Emily Dickinson. Su poeta favorito: T. S. Eliot. En los años más recientes leyó a Silvina Ocampo, Adelia Prado, Ioshua, Elena Annibali, Martín Rodríguez, Mariana Blatt, Vicente Luy, Fernando Noy,

Miguel Ángel Lens, Ocean Vuong, Ada Limón, Loius Glück, E. E. Cummings, John Berryman, Frederick Seidel. También desde la escucha llegó a los poetas malditos. Su madre le leyó “Una carroña” de Charles Baudelaire una vez que estuvo enferma. De allí a “Letanías de Satán” y “Canción de la tarde”, que le moldeó una de sus primeras nociones de erotismo. Por su parte, los *Diarios íntimos* fueron fundamentales para la construcción de su personaje Facundo en *Bajar es lo peor*. Con los malditos descubrió su gusto por la degradación y la “adicción gravísima y horrorosa” (Enriquez, 93).

“La isla de los cirujanos descarriados” engloba el tópico literatura y medicina, donde se encuentra *Crash*, de J. G. Ballard. Ballard se sitúa en lo liminal, espacio en el cual reside el gusto literario de Enriquez. “La isla de las fiebres”, que deriva al tópico literatura y enfermedad, se compone de las lecturas de *El jardín secreto*, de Frances Hodgson Burnett, *La edad de hierro*, de Coetzee. P., el ensayo de Virginia Woolf, *On being ill* y el de Susan Sontag, *La enfermedad y sus metáforas*. Las enfermedades mentales resultan ser sus predilectas con *La campana de cristal*, de Sylvia Plath como referente absoluto. Con ella y con Ted Hughes, toma contacto a raíz de sus biografías (la mitología de la que habláramos al comienzo), para terminar encontrando en ambos una poesía exquisita. Volviendo al cuerpo, la alegoría del virus en Burroughs le permite poner nombre a lo que se vivió en su generación: la epidemia del VIH. Las lecturas de *Vivir con virus*, de Marta Dillon, *Loco afán: crónicas de sidario*, de Pedro Lemebel, *Las horas*, de Michael Cunningham, *Tres deseos*, de Claudio Zeiguer van en esta misma dirección.

“Las marejadas” es otra forma de nombrar las olas feministas. En este capítulo, Enriquez revisita, a partir de la preeminencia de varones en la literatura, las operatorias del canon, las cuales responden a una *tradición selectiva* (tomando a Raymond Williams) que, al tiempo que selec-

ciona, cercena, excluye, invisibiliza. Pero si bien en su formación predominan los hombres, no siente vergüenza, ya que esto responde a una cuestión contextual. En efecto, en el capítulo “La isla de mi *boom*” y por medio de la inversión de una operatoria de la crítica que relativiza cánones y contextos, construye su “altar de hombres latinoamericanos adultos blancos” (Enriquez, 203): Juan Carlos Onetti, con su Santa María decadente y ruinoso; José Donoso, con su mitología del sur de Chile, *Sobre héroes y tumbas*, el libro que rescata de Ernesto Sábato. También en el altar se sitúan el peruano Oswaldo Reynoso y Roberto Bolaño. Con respecto a las mujeres, desde chica lee a María Elena Walsh, Elsa Bornemann, las ya mencionadas Ocampo y Pizarnik, Louise Mary Alcott, las hermanas Brönte, Mary Shelley. Actualmente está retomando las despreciadas “como *best sellers* o como señoras reaccionarias”: Marta Lynch, Silvina Bullrich y Beatriz Guido.

“La isla de los dioses” está presidida por H. P. Lovecraft. La autora rescata el modo por el cual a través de los mitos de Chtulu se ponen sobre la mesa el postcapitalismo y el macroturismo: “Es de los giros más espectaculares de una literatura popular que empezó secreta y despreciada, y terminó observadora y relevante” (Enriquez, 252). Y si otra gran relectura del canon hay, es la que se lleva a cabo a través del género de terror, como no podría ser de otra manera en la producción y pensamiento de Enriquez. A este género tradicionalmente despreciado, la autora desembarca tempranamente gracias a las antologías y las colecciones populares que compra en saldos desde su juventud. También es Juan Jacobo Bajarla quien la guía a muchos de los textos de terror. Por su parte, las reescrituras de cuentos de hadas hechas por Angela Carter posibilitan ver dos cosas, en principio: la maldad que anida en los cuentos infantiles y el talante político de los cuentos de hadas, con cuya reescritura Carter señala las desigualdades entre los géneros. Cercano al terror y constituido por él,

se halla el *weird*. La *nueva ficción rara* es lectura predilecta de Enriquez, hecha de policial, fantasy, relatos orales, western, también de realismo. Algunos de sus autores: Paul Tremblay, Juan Mattio, Maximiliano Barrientos, China Miéville, Kelly Link, Samanta Schweblin, Elaine Vilar Madruga.

En el libro en cuestión y también en entrevistas, Enriquez suele contar que escribió su primera novela, *Bajar es lo peor*, debido que no encontraba literatura que hablara de ellos, los jóvenes. Muchos de los textos que leía construían la juventud como hordas violentas, lo cual le desagradaba particularmente en una época en la que habían desaparecido Miguel Bru (1993) y Walter Bulacio (1991). Hasta que descubre la *Historia argentina*, de Rodrigo Fresán y *Menos que cero*, de Bret Easton Ellis. También encuentra a Toni Morrison, a quien llega por una entrevista a *bel hooks*; a Kathy Acker y a Michael Cunningham.

“La isla de la abyección” se centra en Dennis Cooper, quien oficia de iniciador en lo abyecto. *Azul, casi transparente*, de Ry Murakami o *American Psycho*, de Bret Easton Ellis son otros de los textos mencionados y comentados en el capítulo. Más recientemente la abyección impregna la escritura de las mujeres latinoamericanas: Liliana Blum, Fernanda Melchor y Mónica Ojeda configuran una trilogía para Enriquez, donde la abyección tiene que ver, de manera más o menos directa, con motivos políticos. Por su parte, “La isla política” está enfocada, sobre todo, en lo que Elsa Drucaroff llama nueva narrativa argentina (a la que pertenece la propia Enriquez), escrita durante la postdictadura, específicamente a partir de los años noventa. Porque si bien en esta isla residen Rodolfo Walsh, Tomás Eloy Martínez y Luisa Valenzuela, básicamente están los contemporáneos de Enriquez, ya que son quienes encontraron un lenguaje propio para lo traumático en su generación: Mariana Eva Pérez, Ángela Urendo Raboy, Laura Alco-

ba, Félix Bruzzone, Albertina Carri con sus films.

En “La isla gótica y sureña”, de la mano de Faulkner y *El sonido y la furia*, descubre un territorio cercano y afín a su lectura y a lo que luego será su escritura: “el gótico sureño es la excelencia de [la] memoria del horror, le pone palabras: siempre que se puede nombrar hay alivio” (Enriquez, 223). Con respecto a ello, dis-cierne una operatoria de traducción, que será fundamental para sus cuentos y novelas: así como en Mississippi las casas que se pudren en los veranos forman parte del terror sureño, en Argentina las ruinas son los castillos derruidos de las grandes familias en la pampa o incluso las fábricas abandonas del Conurbano. La lista incluye a Flannery O’Connor, Carson McCullers, John Kennedy Toole, William Goyen, Katherine Anne Porter, Truman Capote, Anne Tyler, William Gray, Mark Twain. Todos estos son sus escritores favoritos. Sin embargo, su sureño número uno es Cormac McCarthy, de quien toma *La carretera* para el inicio de *Nuestra parte de noche*.

La cartografía del archipiélago continúa con “La isla sangrienta”, dedicada al vampiro por ser el favorito entre sus monstruos. En la lectura del vampiro – ficcionalización del otro (social, político, religioso)– encuentra la simbolización de sus preocupaciones, que luego elabora en su escritura: inmortalidad, juventud, sangre, homoerotismo, comentario social (Enriquez, 242). “La isla de carne y hueso” se configura sobre el *body horror* y Clive Barker es su escritor predilecto. Finalmente, si otra figura literaria privilegiada existe para Enriquez, hay que buscarla en el fantasma: este “se ve obligado a repetir lo que le sucedió si tuvo una muerte prematura o violenta, y vuelve al lugar de los hechos. Es, de alguna manera, una metáfora de la memoria” (Enriquez, 262). La autora traza, asimismo, una genealogía femenina en este aspecto, que incluye textos literarios, pero también mujeres médiums.

Para anclar

La experiencia como definición. En esta autobiografía lectora se halla como subtexto la forma del diccionario (claro que uno no tradicional, sino ensayístico). A través de la experiencia lectora, la autora deconstruye las definiciones más tradicionales sobre el gusto, en la línea de Pierre Bourdieu, quien lo presenta como construcción legitimada, el canon, los motes de literatura de masas, literatura popular, géneros menores, en línea con los estudios culturales, exhibiendo además la idea de que la tradición literaria (y la general) siempre es selectiva, en términos de Williams.

Interdiscursividad. Se trata de un ensayo que entabla un diálogo fecundo entre todas las lecturas de Enriquez: el libro se construye realmente sobre un itinerario por el archipiélago, una *travesía* por los textos, un reenvío permanente a libros y autores/as. Quedan en evidencia los vínculos indisociables que plantean entre lectura y escritura, las textualidades hechas de múltiples discursos, la productividad de que está hecha la literatura, con base en el lenguaje, polisémico por definición (Barthes, 1987, --).

El goce del texto. La noción de lectura como goce, asociada también barthesianamente al texto, aparece de manera explícita en el último capítulo, titulado “El ancla”, reflexión final que aúna la experiencia lectora. Como el goce, el ancla es doble: permite estar firme, sentir la seguridad del aferrarse a algo; en simultáneo, es lo que pesa. También en el goce se actualiza el texto: en lo tortuoso, lo que da trabajo al mismo tiempo que proporciona placer.

Obras citadas

- Barthes, Roland. “De la obra al texto”. En *El susurro del lenguaje*. Buenos Aires, Paidós, 1987, pp. 73-82.
- Barthes, Roland. *El placer del texto y Lcción inaugural*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1993.

- Cabrera, Federico (2024). “Autobiografías lectoras de escritoras latinoamericanas. Notas en torno a Lector&s, colección de la Editorial Amper-sand”. *Intersticios de la política y la cultura*, vol. 13 (26), pp. 73-93. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/intersticios/article/view/44906>
- Calvino, Ítalo. *Por qué leer a los clásicos*. Barcelona, Tusquets, 1992.
- Drucaroff, Elsa. *Los prisioneros de la torre. Política, relatos y jóvenes en la posdictadura*. Buenos Aires, Emeccé, 2011.
- .